

Aproximación a la poesía de Carolina Valencia

IRENE VALLEJO GONZALEZ
Universidad de Valladolid.

En 1890 veía la luz, en Palencia, un libro de versos bajo el título de *Poesías*, cuya autora era Carolina Valencia. Había nacido en Medina de Rioseco, el día 20 de septiembre de 1860. Pocos son los datos que, hasta la fecha, hemos conseguido reunir sobre ella¹. Su nombre aparece incluido entre los colaboradores literarios del diario vallisoletano *La Lealtad*, en 1888². Algunos de estos colaboradores eran escritores ya consagrados, como Zorrilla, Núñez de Arce, Cano, Ferrari, y otros eran periodistas y poetas conocidos en los ambientes literarios locales.

Durante algún tiempo, Carolina Valencia vivió en Madrid. No sabemos si fue temporal su estancia allí, habiéndose trasladado a raíz de contraer matrimonio con el publicista Álvaro López Núñez, o bien si permaneció el resto de sus días en la capital de España.

En 1891, la Academia Española premió su obra titulada *A San Juan de la Cruz*³. Al año siguiente escribió una larga composición titulada *Colón*. Después de estas fechas se abre un amplio paréntesis en la producción literaria de la escritora vallisoletana, ya que no he encontrado, por ahora, ningún dato más hasta 1917, año en el que dos poemas suyos, «Crepúsculo» e «Invierno», aparecen en la *Revista Castellana*⁴.

En el presente trabajo, voy a ceñir el comentario al primer libro de versos citado, porque considero que es una obra interesante y bien escrita, con no pocos aciertos, que nos permite

1 Véase N. Alonso Cortés, *Antología de poetas vallisoletanos modernos* (Valladolid 1914) p. 189.

2 Sobre este periódico, puede consultarse C. Almuíña, *La prensa vallisoletana durante el siglo XIX (1808-1894)* (Valladolid, Institución Cultural Simancas, 1977) tomo II, pp. 304-73.

3 La obra fue publicada en ese mismo año en Madrid, Imprenta y Fundación de M. Tello. La segunda edición salió también en Madrid, Antonio Marzo, 1927.

4 Este dato me fue facilitado por Lorenzo Rubio, a quien desde aquí expreso mi agradecimiento.

conocer tanto el estilo de la autora como la tendencia que representa.

La temática que ofrece es variada. Abre la colección el poema «A Dios», en el que canta la grandeza y sabiduría del Creador, y en el que se ha apreciado cierta influencia de Zorrilla⁵. Dedicó cuatro composiciones al tema de la patria y a algunos sucesos o personajes históricos. Así, la titulada «A España» es una solemne evocación de pasadas glorias. En «La batalla de Rioseco» revive el fracaso de las tropas españolas, a pesar de sus esfuerzos, frente a los franceses, el 14 de julio de 1808 y el saqueo de la ciudad por las tropas que vencieron. Con verdadera vehemencia rememora aquellos dolorosos sucesos:

«Así cayó sobre la patria mía
La soldadesca impía,
Avida de botín y de pillaje
En la nefasta noche de aquel día.
¡Ah pobre pueblo mío!
Tierra de amor do se meció mi cuna,
¡Cuántas veces al rayo de la luna
En las tibias veladas del estío
Oí contar de aquella negra noche
La horripilante historia,
Cuadro terrible de pincel sombrío
Que guardo en un rincón de mi memoria!...».

Completa su producción histórica un romance, «Las justicias de un rey niño», sobre la infancia de don Enrique III, y una canción, «Atila», con cierto dejo esproncediano.

El tema de la poesía fue abordado en tres composiciones: «Los poetas de la duda», «El arpa del poeta» y «La poesía», donde fue exponiendo algunas de sus ideas estéticas. Carolina Valencia destacaba en la poesía cualidades excelsas y, consecuentemente, consideraba que los grandes temas debían ser los tratados por ella, como se deduce de los siguientes versos:

«Y la musa que inspire tus canciones
Descienda sonriente y hechicera
Cual blanca virgen de nevada veste,
De blonda y destrenzada cabellera,
Y de mirada cándida y celeste,
Ostentando su faz serena y pura
Rica de juventud y de hermosura...
Canta los grandes hechos de la historia,
La virtud, el amor y la ventura;
Canta la fe, la religión, la gloria,

⁵ J. M.^a de Cossío, *Cincuenta años de poesía española (1850-1900)* (Madrid, 1960) vol. II, p. 856.

Del genio la grandeza soberana,
 El valor, la nobleza y la hidalguía.
 ¡Canta con entusiasmo, lira mía,
 Que aún hay virtudes en la raza humana!».

Sus mayores reproches irán dirigidos contra aquellos poetas a quienes califica «de la duda y los dolores», por su falta de esperanza e ideales. Núñez de Arce es, tal vez, uno de los que mejor encarna esa actitud censurada por la poetisa, cercano por paisanaje pero muy distante en concepciones artísticas. Valga como prueba de lo que acabo de señalar el cotejo de los siguientes textos:

Mientras Núñez de Arce escribía en el «Prefacio» de *Gritos del combate*:

«La poesía, para ser grande y apreciada, debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive; no cantar como el pájaro en la selva, extraño a cuanto le rodea, y siempre lo mismo».

Carolina Valencia, por el contrario, manifestaba:

«Pasar como los pájaros cantando
 Sin tocar en el polvo de la tierra»
 («Ambición»).

El amor también tuvo cabida en su obra. Todas las composiciones amorosas que escribió —una «Serenata morisca», una «Balada», algunos cantares y el poema «Fantasía»— son reflejo del gusto reinante en la poesía decimonónica, a excepción de una anacreóntica que, como es sabido, fue un género ampliamente cultivado en el siglo XVIII. De las poesías amorosas citadas, la más sobresaliente me ha parecido la denominada «Fantasía», por el tono subjetivo y sentimental que la diferencia de las restantes. En alguno de sus versos, parece percibirse un lejano eco becqueriano:

«En tus días sombríos de enojos
 Y angustia cruel;
 Cuando acaso derramen tus ojos
 Un llanto de hiel,
 Si en tu mano otra mano invisible
 Sintieras posar
 Y escucharas con pena indecible
 Muy cerca llorar,
 Esa voz cuyo acento atesora
 Ternura sin fin,
 ¡Es la voz de mi alma que llora,
 Que llora por ti!».

La parte más lírica y valiosa de su libro la encontramos en una serie de poemas dedicados a la naturaleza. Conviene precisar que no es estrictamente poesía de la naturaleza, entendida como único tema a tratar o describir, sino que el marco natural será un medio del que se sirva para proyectar sus propias emociones. De este modo, el paisaje externo presenta una variada relación o adecuación, según los casos, con el sentimiento interior.

¿Cuáles fueron los motivos de la naturaleza que seleccionó? A mi modo de ver, se encuentran todos en uno de sus poemas:

«...la luz, la noche, las estrellas,
La hermosa soledad del bosque umbrío,
De Favonio las tímidas querellas,
El murmurante resbalar del río,
El alba que risueña se levanta,
La misteriosa tarde que declina,
La luna que serena se adelanta
Por la argentada esfera cristalina.
La grave majestad del mar en calma,
La belleza y fragancia de las flores,
Los recuerdos dulcísimos del alma,
La ilusión, la esperanza, los amores».

(«Ambición»).

Así, el nacimiento del día, cantado en impecables estrofas sáficas, es el momento de júbilo y de entonar «himnos de gozo» que asciendan «al Autor del día». La belleza de la luz que aparece en el firmamento es la parte más descriptiva:

«Blanca y ceñida de irisadas nubes,
Líquidas perlas de su faz vertiendo,
Bella y radiante cual visión de amores
Surge la aurora».

(«El amanecer»).

Para pintar el atardecer emplea una gama cromática más variada e intensa:

Recoge el sol su rubia cabellera,
Y en un lecho de púrpura y zafiros
La ardiente lumbre de su inmensa hoguera
Agonizando está».

La despedida del día supone recogimiento en la naturaleza:

Cierra la flor su perfumado broche,
Buscan las aves su caliente nido.

Y como alma creyente, impulsada por el toque de campanas, se dispone a orar, y el poema se convierte en una plegaria:

«¡Virgen María, universal Señora,
Azucena gentil del paraíso,
Perla oriental, lucero de la aurora
Paloma de Hesebón!
Grato es pensar cuando tu amor imploro
Que, fija en mí tu celestial mirada,
Tras ese manto de celajes de oro
Escuchas mi oración».

(«La oración de la tarde»).

La noche va a estar presente en varias composiciones del libro. En «Meditación», el paisaje exterior se identifica con el sentimiento interno:

«Horas eternas de dolor sombrío
Que venís siempre con la noche oscura,
Del negro mar del pensamiento mío
A aumentar la inquietud y la amargura».

El tono subjetivo se acentúa y la inspiración romántica se deja sentir. La huella de Espronceda es perceptible en los dos últimos versos citados y en los siguientes:

«¿Por qué traéis de nuevo a mi memoria
Tristes recuerdos de mejores días,
Como destellos de mi muerta gloria,
Como ecos de lejanas armonías?».

Fácil resulta establecer la influencia en ellos del autor de *El diablo mundo*, al comienzo de su «Canto a Teresa»:

«¿Por qué volvéis a la memoria mía,
tristes recuerdos del placer perdido,
a aumentar la ansiedad y la agonía
de este desierto corazón herido?».

El mérito de Carolina Valencia consiste en saber plasmar el sufrimiento presente, que se hace más agudo al contrastarlo con una felicidad pasada. Por ello ahuyenta los recuerdos que han de dejar paso a un futuro esperanzador.

Sin embargo, la noche no es siempre motivo que le lleve hacia la melancolía, porque en las noches de verano conduce su espíritu imaginativo hacia lo fantástico y misterioso:

«Encantos halagüeños, poéticas visiones,
Dulcísimos ensueños, divinas creaciones
Que forja nuestra mente y adora el corazón:

Misterios de la noche, ligeras fantasías
 Que pueblan del espacio las vagas lejanías
 Llegando hasta nosotros sobre las ondas frías
 Del éter en que flotan mil mundos de ilusión...».

Este segundo tratamiento de lo nocturno es muy romántico. El ambiente se puebla de «aromas y armonías», «náyades», «sílvides», «genios» y no falta el «argentino rayo» de luna oscilando entre el ramaje.

Otra faceta de la noche, de inspiración romántica como en el poema anterior, nos la brinda en «La tempestad». La descripción está al servicio de la grandiosidad del espectáculo: «densos nubarrones»; «noche de sombras y de horrores»; «viento impetuoso»; «ronco trueno, / que revienta iracundo»; «el rayo se desgaja furibundo», etc. Por todas partes se percibe temor. Termina la tormenta con el amanecer de un nuevo día. Pero es preciso añadir que Carolina Valencia comparará en los versos finales el fenómeno natural descrito con el corazón humano, dando una dimensión mucho más profunda a todo lo expresado.

Sirviéndose de una técnica similar, escribió dos poemas sentimentales, «Las hojas secas» y «A una paloma herida». En el primero, las hojas caídas de los árboles en la estación de otoño serán la representación de la «fugaz ventura» y de lo pasajero de la existencia. Queda bien establecida la relación entre las hojas movidas por el viento y el yo poético:

«¡Pasad! que cual vosotras, en alas del destino
 Llevada brevemente yo pasaré también».

El dolor ante el posible olvido redundará en la identificación señalada:

¿Quién pensará en vosotras? ¿quién llorará por mí...?».
 Cuando recobre toda la vida, el movimiento,
 «Y entonces, cuando todo rebose de contento,

En el dedicado «A una paloma herida», la «infeliz avecilla» va a convertirse en la «imagen fiel de la mortal ventura», tras sufrir el inesperado flechazo que trocaría su vida feliz en trágica desdicha.

Las golondrinas, por el contrario, con su cíclico emigrar y retornar, fueron objeto de versos mucho más alegres porque con su llegada anuncian la primavera:

«De las lejanas tierras
 Do fueron peregrinas
 Cuando arrugó Septiembre

Las hojas de la flor
 Volvieron las fugaces,
 Inquietas golondrinas
 Al lecho en que dejaron
 El nido de su amor».

(«Las golondrinas»).

El paisaje marítimo fue exclusivamente retratado en un poema, donde con armoniosos versos nos hace revivir la emoción que sintió contemplando el mar en calma:

«¡Por fin surco tus ondas cristalinas
 Mientras con muelle languidez aspiro
 La plácida frescura
 De tus auras marinas,
 Que en incansable y revoltoso giro
 Acarician mi frente con dulzura!...».

(«En el mar»).

La soledad está también en relación con la naturaleza, pues ha de ir a buscarla al campo, «huyendo del bullicio de los salones», y de este modo poder hallar la tranquilidad deseada para evocar épocas pasadas o dejar vagar su fantasía por lugares abandonados, como si fuera un espíritu romántico. Esta dualidad, soledad y naturaleza, la encontraremos en uno de sus más bellos y líricos poemas, «Mi tumba». Confiesa en él un íntimo deseo: el de descansar «en región ignorada y silenciosa», en una tumba sencilla, sin ninguna inscripción pero «junto a un bosque colocada». Ni aún ahora dejará de describir la naturaleza, que la arropará en toda su hermosura, ya sea en las referencias a la estación florida o al paisaje nevado.

Una vez hecho este recorrido por el libro de Carolina Valencia, varias son las notas que, a modo de resumen final, podemos apuntar.

Su poesía fue rica en temas y formas. Deseó celebrar con ella «cuanto de hermoso el universo encierra». Esta afirmación explica su gusto por destacar la belleza de la naturaleza y los sentimientos nobles y delicados del ser humano. Eligió el paisaje externo como marco más adecuado para expresar sus emociones.

El lenguaje fue selecto y cuidado en toda su obra, es decir, culto, pero no rebuscado ni oscuro. Por su uso muy abundante,

destaca la adjetivación; en algunos casos hace casi alarde de ella:

En el reloj de la vecina torre
«Graves, lentas, sonoras y pausadas,
Sonaron ya las doce campanadas».

(«El sabio»).

Dominó con maestría la técnica versificatoria, empleando una amplia gama de versos: alejandrinos, endecasílabos, heptasílabos, pentasílabos, dodecasílabos... Y de estrofas: quinteto, quintilla, serventesio, estrofa sáfica, sexteto llano, octavilla aguda, etc. Sin embargo, destaca su preferencia por el endecasílabo. El juicio emitido por Emilia Pardo Bazán sigue teniendo plena validez: «se revela versificando con galanura, gallardía y fluidez, dignas de nuestros poetas más abundantes y sonoros. No necesita, pues, advertencias gramaticales o retóricos preceptos. Tiene en el oído la música, el ritmo en el pulso, y en el pico de la pluma el adjetivo y la imagen ⁶.

La influencia romántica en la poesía de Carolina Valencia fue muy acertadamente señalada por José María de Cossío, aunque él mismo precisa: «su mejor vocación creo que era la clasicista, y a ella responde en sus mejores producciones» ⁷.

La huella de ambas tendencias es, sin duda, perceptible en su obra, aunque considero predominante la romántica. Y dentro de ésta, destacaría de manera especial el influjo de Zorrilla, a quien también dedicó un elogioso poema, prueba elocuente de su admiración:

«Dulce trovador errante,
Bardo cuya lira de oro
Es de armonía un tesoro
Como no puede haber dos;
Poetas cuyas canciones
Son la miel del monte hybleo,
De las musas el recreo
Y la inspiración de Dios».

Este libro supone, por tanto, la pervivencia de un estilo que no era el imperante en la literatura de finales de siglo. La propia Carolina Valencia lo reconocía al decir que su poesía se inclinaba al «idealismo arcaico». Ella supo mantenerse en esa línea, conscientemente anticuada, por ser la que mejor se avenía con su forma de concebir la poesía.

⁶ En el 'Prólogo' a *Poesías*, de Carolina Valencia (Palencia 1890) p. IX.

⁷ Op. cit., p. 856.